

CAPÍTULO 1

El pequeño hocino, que utilizaba para podar la uva, lo deslizaba penetrante con su mano derecha sobre la garganta de la víctima mientras con la otra tiraba fuertemente de sus cabellos, manteniéndole la cabeza erguida. Sangraba con abundancia. Su cuerpo reaccionaba con movimientos repetitivos y oscilantes, a igual ritmo que su corazón.

El rostro del asesino reflejaba la amargura de la encomienda que estaba desarrollando.

El dolor santifica, se decía. Por los sentidos, el hombre se pierde. Aser, religioso, cátaro redimido, había realizado con éxito la última tarea que le habían ordenado, solo le restaba introducirlo en un coche y dejarlo caer al río. Al Ebro. Hecho que realizaría más tarde, hacia la media noche.

CAPÍTULO 2

Como casi todos los fines de semana, Alberto caminaba a paso ligero por los senderos del monte, intentaba hacer un poco de ejercicio, pues a lo largo de la semana le resultaba difícil realizarlo, y al parecer iba sumándosele algún que otro kilo.

Alberto Ríos, arquitecto, ejercía en la ciudad de Alfaro, comunidad de La Rioja. Pasaba la mayor parte del tiempo detrás de su mesa de diseño y ello le llevaba a engordar un poco.

Dejó su todoterreno aparcado en un costanal del camino y se dispuso a caminar un buen rato.

Hoy tenía en mente recorrer una zona que siglos atrás habían recorrido otras gentes, camino de Castilla o de Navarra.

Según estaba leyendo, a unos kilómetros de la ciudad existió un gran cruce de caminos, una especie de posada o venta de renombre y algún que otro monasterio.

La tarde era soleada. Se oían disparos de algún cazador en la lejanía, la temperatura era agradable y se preveía un buen paseo.

Su paso era largo. Después de aproximadamente media hora, pasada una curva observó que a unos doscientos metros se encontraba el edificio en ruinas que esperaba.

Por fin, después de días y días de mal dormir por unas supuestas apariciones, se había decidido a penetrar en las profundidades pavorosas de sus pensamientos. Cuán fuertes eran los dolores de cabeza que le producían las terribles visiones cuando pasaba por aquella calle de la ciudad.

A sus cuarenta y cuatro años, Alberto poseía un encanto especial, un cierto atractivo maduro, según decían sus colegas. Tenía los ojos verdes y penetrantes, sonrisa alegre y talante un tanto extraño, que en multitud de ocasiones le hacía

parecer una persona difícil de catalogar. Medía un metro setenta y ocho y se mantenía en forma, aunque a él no se lo pareciese, pues siempre se veía con un poco de estómago. Su voz era profunda y su pelo castaño, con algún toque gris.

Estaba separado. Su ex mujer — Alicia — era de trato agradable, pero de carácter inestable. Tuvieron dos hijos, Ángel e Inma, los cuales cuando venían al pueblo vivían más con su madre que con Alberto, que siempre estaba liado con algún proyecto, o dando alguna clase de arte, que compaginaba con sus trabajos de arquitectura.

Cuando salía de su estudio una vez acabada la jornada siempre realizaba el mismo recorrido de vuelta a casa: Plaza de España, Losada, Mayor. Al pasar por cierto palacio — siempre a las ocho de la tarde —, sus ventanas se hallaban muy oscuras, y en las últimas semanas le pareció ver una extraña figura en su interior. Era la de un niño de túnica blanca y sus ojos carecían de pupilas.

A Alberto le costaba coger el sueño últimamente. ¿Por qué tenía que aparecer siempre ese niño en el mismo lugar? ¿Querría comunicarle algo? Le ponía los pelos de punta. Tendría que hacer algo al respecto.

Estos pensamientos le venían a la cabeza mientras paseaba por el monte. Recordaba cuando en una ocasión se decidió a entrar en el palacio y comentarlo con la madre superiora. Este palacio está regentado por las Reverendas Madres Carmelitas Descalzas. Se dedican a dar clases de primaria y a atender a un buen número de alumnos de carácter interno. Antaño atendían sobre todo a niños desamparados, huérfanos y con alguna minusvalía.

Después de presentarse, con la cortesía oportuna, la superiora, la Madre Teresa, le recibió con amabilidad, con cara sonriente, pero firme.

— Usted dirá, señor Ríos. ¿Qué le trae por aquí, en qué podemos servirle?

— Madre Teresa, es algo que no tiene la menor importancia, no sé cómo comentárselo, pero en fin, le explico... Suelo pasar a diario por esta calle y la verdad es que como arquitecto, no dejo de admirar la fachada de este gran palacio. El caso es que mirando últimamente hacia una de las ventanas en concreto, se produce un efecto muy extraño. Se me aparece un niño cada vez que paso por aquí y la cuestión es que siempre... me parece ver al mismo. ¿Es posible que pueda haber algún niño a eso de las ocho más o menos, que pueda estar tras la ventana? Es que me resulta tan curioso y coincidente... ¿Qué opina usted, Madre Teresa?

Su cara esbozó una sonrisa más bien fingida. Daba la impresión de que quizá no era la primera vez que le hacían esa misma pregunta.

— No entiendo cómo puede haber algún niño tras la ventana a esas horas, pues coincide con la hora de la cena, mas... — titubeó un poco, como pensando

qué posible trascendencia podía tener su contestación si fuese negativa, y optó quizá por la más cómoda — eso no quiere decir que algún chico pudiese pasar en esos momentos cerca de la ventana camino del servicio, por poner un ejemplo.

— Tiene razón, Madre Teresa, seguro que es fruto de mi gran imaginación, perdone por haberla molestado.

Alberto quedó cabizbajo, observando cómo la Reverenda Madre, volviéndose, esbozaba una ligera sonrisa.

— Señor Ríos, usted no molesta en absoluto, estamos a su disposición.

— Madre Teresa, solo he estado en este convento en una ocasión, en la primera comunión de una sobrina, y apenas pasé de la capilla, que por cierto me pareció muy bonita. Me gustaría, si fuera posible y ustedes me lo permitieran, dar una rápida vuelta por el palacio, no les molestaría lo más mínimo y tendría mucho tacto por donde fuese, por supuesto.

— Señor Ríos, puede pasarse cuando quiera, menos en estos momentos, los niños se encuentran descansando y las hermanas están muy atareadas. En otra ocasión usted me avisa por teléfono y estaremos encantadas de acompañarle. ¿Le parece bien?

— Me parece correcto, Madre Teresa, lo entiendo perfectamente, muy agradecido por todo. Son muy amables.

— Faltaría más. No dude en llamarnos. ¡Madre Benita!, acompañe al señor Ríos hasta la puerta, por favor.

Alberto Ríos salió del palacio más intrigado que antes.